

telarina, al resonar su acento transformado por la voluntad y el entusiasmo, al callar subyugado el auditorio, pendiente de unos labios donde parecían haber dejado su miel las abejas del Lacio, y no diré las del Atica, porque el arte de Castelar pertenece a la llamada *decadencia*, período que tiene sus apasionados, y en el cual el genio latino, ya infiltrado de influencia griega, sufre las del Asia, y más tarde las africanas. De las grandes escuelas retóricas, tenía Castelar los recursos, la técnica; y del tiempo en que le tocó vivir, tenía el sello pasional del romanticismo, por lo que se le ha comparado mucho a Lamartine, y en efecto, entre él y el autor de *Grasiella*, no faltan afinidades, considerándoles a los dos como tribunos y cotejando sus estilos oratorios. Otra afinidad y otra disconformidad, tristes para los que profesábamos a Castelar sincero afecto, existió entre Alfonso de Lamartine y él. Los dos pasaron los últimos años de sus gloriosas vidas entre ahogos económicos y trabajando afanosamente con la pluma para equilibrar su recargado presupuesto; sólo que la nación francesa, acertadamente, pagó las deudas de Lamartine, y aquí no sé si se pensó en pagar las de Castelar, pero sé que no se hizo, y que en sus postreras horas, el insigne español se veía amenazado de un embargo judicial. Debo añadir, porque es la verdad y una verdad para Castelar honrosa, que cuando se le dirigía alguna indicación referente a promover en América y España suscripción o cosa semejante, que le proporcionase medios para pasar la vejez en descanso bien merecido, sus protestas y hasta su enojo frustraban los propósitos de amigos y admiradores. «Seré—decía—hasta mi postrer instante, jornalero de la pluma. El día de mi muerte escribiré un artículo, firmaré una cartilla.» Los sucesos demostraron sobradamente que llevaba razón al vaticinar así.

Este hombre, que firmó una cuartilla para vivir apurado en el mismo día de su muerte, y a quien hoy se alza un monumento; que no pudo interrumpir ni para prepararse a la agonía la labor a que le tenía sujeto y uncido la necesidad, había sido, conviene recordarlo, ¡todo se olvida tan pronto!, presidente de la República, es decir, jefe del Estado; y en período de azarosa agitación, en que no es imposible a los hábiles echar los cimientos de grandes fortunas. Castelar desdenaba el dinero, con cierto espléndido desdén de príncipe italiano del siglo xv, incapaz de comprender prosas utilitarias. Por dinero trabajaba asiduamente, se me dirá. Verdad; pero una cosa es ser capaz de trabajar por dinero—de trabajar desvelándose, hasta matándose—y otra ser capaz, por el mismo dinero, de envilecerse. Hasta afirmaría yo que existe contradicción entre ambos supuestos, y que rara vez uno de estos nobles obreros de la pluma, que desmigajan su cerebro para convertirlo en plata, se enfangará en negocio sucio, en transacción miserable, con objeto de redimirse de la tarea. Castelar, a fuer de verdadero trabajador, estaba encariñado con su faena, por medio de la cual llevaba hasta los últimos confines del mundo su nombre y su pensamiento; y resignado, después de renunciar a los triunfos parlamentarios, a los halagos del poder; conforme con la suerte en su tercer piso de la calle de Serrano, sin verdadera ambición ni verdadera codicia, tiraba de la péñola invariablemente, lo mismo que si estuviese en los principios de una carrera, en la juventud de una existencia; lo mismo que si no hubiese ocupado el más alto lugar, no ya intelectual, sino oficialmente, en la jerarquía de la nación española.

Empapado en la filosofía práctica y poética a la vez de su raza; enemigo natural de las ideas anglosajonas, de método y orden; convencido de la brevedad e inestabilidad de la vida, Castelar no se preocupó nunca, de fijo, por el porvenir. Sin familia—muerta ya su hermana, aquella Concha en quien adoró—el mañana no le parecía digno de sacrificios y privaciones. Cuando podía, gastaba como un gran señor; sus propinas dejaron memoria en los bañeros y casas donde pasó temporada ó fué hospedado. Alguna vez le enviábamos nosotros en Madrid tal cual golosina gallega, una lamprea, unos mariscos; al cabo renunciábamos a hacerlo, porque tal era su generosidad al gratificar, que realmente pagaba más del valor de estas fruslerías.

En regalos era también pródigo, y en su mesa, huelga decir que era magnífico. No volverá a verse nunca reunida tal exposición de productos nacionales y extranjeros, pues hasta de Francia le remitían terrinas de Estrasburgo y marcas de Burdeos y Champagne. Sin embargo, dominaba lo español; Castelar recibía de toda la Península especialidades en aves, jamones, frutas, confituras y vinos, y comer

con él equivalía a estudiar la riqueza de nuestro suelo, la feracidad de nuestras vegas, y hasta la serie de nuestra historia, representada por los platos moriscos y árabes que alternaban allí con guisos propiamente castellanos, prolongando la lucha épica de la Reconquista. Uno de los espectáculos curiosos que ofrecía la mesa de Castelar, era el asombro de los ilustres extranjeros invitados a ella, ante aquel desfile de singularísimos platos, que cada uno requería detallada explicación. Y Castelar, con inocente orgullo, señalando hacia lo que le rodeaba, la mesa, digna de Lúculo, y el mobiliario del comedor, regio, decía sonriente: «*Nihil emptum... Nada comprado.*»

Ponia su satisfacción, su goce, en que desde todas partes le enviasen presentes: la popularidad, el cariño, el prestigio del hombre ilustre, se revelaban en la afluencia de regalos y en el delicado esmero con que los elegían los donantes. Cánovas, en el apogeo de un ilimitado poderío, no recibió nunca en Navidades el formidable alud de presentes y obsequios que obligaba a Castelar al desembolso de mil y pico de pesetas, sólo para abonar los derechos de entrada en Madrid de lo que le remesaban sus amigos de provincias. Pagaba el orador el rescate de su gloria, y se reía, bien humorado, al recomtar los cestones de botellas, las seras de dulcísimas frutas, los embutidos, las cajas de jaleas y conservas elaboradas en los rincones de España, donde es placer trabajar en el fogón, porque hay tiempo. Entre los regalos a Castelar en Nochebuena, jamás faltaba un cajón de mazapanes y mermeladas, envío de unas monjitas. ¿Qué servicio eminente, qué rasgo de bondad protectora recompensaban los bocadillos y pastas de las Madres? Nunca lo he sabido. Castelar se limitaba a decir: «Son muy amigas mías esas monjas.»

A manera de un Vulcano que de un lingote de oro saca mil monedillas y juguetes, Castelar, en sus años últimos—me refiero a ellos siempre, porque es cuando frecuenté su agradabilísimo trato—pulverizaba su oratoria en la conversación, y se ganaba fama de *causeur*, pero en realidad, orador seguía siendo: hablaba mucho, y casi sin aguardar respuesta; de lo cual yo no me quejaba, ni nadie debió quejarse, porque al escucharle salíamos ganando. Engarzaba anécdotas, recuerdos, páginas de historia, biografías concisas de personajes, mordacidades a lo Juvenal, descripciones de países y lugares, de ciudades y monumentos; reflexiones políticas, apologías de principios que le eran queridos, censuras de otros que no concordaban con sus ideales, vaticinios que vi cumplirse muchas veces, y elogios calurosos y desinteresados a personas que no siempre se contaban entre sus adictos. Llevaba al día la crónica política, pues aunque aparentemente retraído, puedo asegurar que nada se arreglaba sin su conocimiento y previa consulta. A todas horas estaba llena su casa de primates, los señalados de cada partido, y más que en el Congreso, dijérase que se elaboraba allí la marcha de los negocios de Estado. Cuando amagaba crisis, aumentaban el revuelo, el visiteo, el palabreo, los ires y venires, las voces altas ó cuchicheantes, y no se cabía en la sala que me parece estar viendo, con sus muebles de cuero cordobés, sus cuadros antiguos, su busto florentino, dorado y estofado, coronando la chimenea. No afirmaré que siempre se siguiese el dictamen de Castelar, y le he visto en más de una ocasión colérico y preocupado, por lo que juzgaba yerros imperdonables de los gobernantes, ó por lo que creía que redundaba en destrucción de su obra democrática, de la cual no digo palabra, porque no es lugar ni sazón. Añadiré que, conforme la dinastía y las instituciones iban consolidándose, el influjo de Castelar disminuía, y sus postreros actos políticos demuestran que se le impuso fatalmente la necesidad de dejar el retraimiento...

El recuerdo más vivo que me ha quedado de Castelar, es el del cambio que sufrió ante el desastre de nuestras armas y pérdida de nuestras colonias; el de ver su cara de pronto consumida y color de plomo, sus ojos llenos de lágrimas que se escapaban y corrían por sus mejillas demacradas de repente. Si no mereciese el homenaje que hoy se le tributa por tantos conceptos, lo merecería por la sinceridad, por el ardor de su corazón de patriota. Las ilusiones de toda su vida se venían al suelo; la puñalada era certera; el orador áureo no sobreviviría mucho a la *leyenda de oro*. Si no se envolvió entonces en la toga para morir, fué lo mismo: estaba sentenciado. No lo olvidemos, cuando pasemos delante del monumento a Castelar.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Escribir crónicas para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, donde tan largo tiempo colaboró Castelar; escribir las que debió al excelso orador amistad grande y verdadera; haberse inaugurado el monumento a su memoria y en su honor, y no decir palabra de este acontecimiento, sería omisión que, aun perdonada por todos, no me la perdonaría yo a mí misma.

Paréceme cuestión quizás ociosa discernir, con tal motivo, el puesto que a Castelar habrá de conceder la posteridad, en su triple aspecto de hombre político, escritor y orador. Es una discusión que he oído suscitarse mil veces, y nunca los argumentos empleados por una y otra parte consiguieron fijar definitivamente la difícil tasación de los méritos, servicios y cualidades del que, sin embargo, la inmensa mayoría de los españoles, la opinión europea y la hispano-americana saludaron como a uno de los más preclaros representantes, no ya sólo del genio ibérico, sino del genio latino, en un período de nuestra historia contemporánea.

Sin azomos de duda, de los tres aspectos del talento y la actividad de Castelar, el que en tiempos venideros se elogiará explícitamente, será el oratorio. No porque el estilo de su oratoria no se preste a diversas apreciaciones, y aun a censuras, sino porque su fuerza y eficacia y su elocuencia caudalosa no podrán nunca negarse, y aun cuando se quiera ver en él a un Góngora de la tribuna, habrá que reconocerle, como a Góngora, que es único en su género, inimitable, y con frecuencia sublime.

En esos tiempos venideros (no todavía en los presentes, en que continúan agitándose las pasiones y las mezquindades, los intereses más ó menos lastimados y el recuerdo de acerbos y feroces campañas de prensa), sedimentada ya la opinión y convertida en sereno juicio crítico, no se verá en la oratoria parlamentaria de Castelar algo que ha pasado de moda, porque de moda habrán pasado también las oratorias que se han sucedido, y con unas y con otras se ejercitará igual procedimiento, situándolas en su medio, en su momento, en su ambiente, y juzgándolas por tales datos, únicos que las pueden caracterizar y definir. Cuando se critique de este modo a Castelar, se verá su desmedida altura y el papel extraordinario que representó su elocuencia, a pesar de cuantos reparos quepa ponerle, y a pesar del cambio completo en la psicología de las muchedumbres, antes electrificables por un discurso, y cada día más refractarias ó más escépticas ante esta clase de sugestión.

Castelar era pequeño de estatura, y cuando le conocí ya estaba grueso: su enorme bigote contrastaba con las proporciones de su figura, de brazos cortos y piernas nada escultóricas; su voz tenía un timbre antes agudo que sonoro; la forma de su cuello restaba nobleza a la testa, enterrada entre los hombros, difícil de movimientos. Por qué misteriosa virtud del arte y de la inspiración, así que Castelar tomaba la palabra, tantos defectos desaparecían ó se olvidaban, es cosa que no sé. La naturaleza, en parte avara, en otra parte había sido con él pródiga como loca madrina, que no cuenta sus dones. Ni el empaque majestuoso de Ayala, ni la dulce, clara y varonil voz de Cánovas del Castillo, ni ninguna de las excelencias que otros grandes oradores poseyeron, se echaba de menos al desatarse el soberano río de la palabra cas-